

Nuestras ideas nunca son inocentes. Acerca de la responsabilidad social de la universidad

Gustavo Ortiz*

CUANDO hablamos de la universidad como productora y trasmisora de conocimiento, lo descartamos (al conocimiento) como algo que ocurra en la intimidad de la conciencia individual, en forma de entidades etéreas y evanescentes, o teniendo una existencia inescrutable y esotérica, y en consecuencia, inaccesible para los otros. Por el contrario, lo suponemos como un proceso público e intersubjetivo, formulado en lenguajes específicos, compartido por una comunidad empíricamente identificable, sometido a procedimientos y estándares institucionalizados y orientado a la realidad, sea lo que sea que entendamos por tal. Un conocimiento que se celebrara a sí mismo, sería siempre una versión arqueada, narcisista y solitaria de esa necesaria referencia a algo distinto a sí mismo. La pregunta que salta es qué entendemos por realidad; una de las maneras de resolver (¿o de disolver?) la complejidad de esta cuestión, consistiría en tener por *real* aquello que puede ser dicho en algún tipo de lenguaje con la finalidad de describirlo, explicarlo, predecirlo, comprenderlo, producirlo, crearlo o recrearlo.

Cuando conocemos, en cualquiera de las formas insinuadas, aprehendemos la realidad, con la salvedad que eso que llamamos *realidad* no está ahí, limpia e incontaminada, sino preformada simbólicamente. Más todavía, no-

* Investigador del CONICET. Docente, UCC y CEA-UNC.

Código de referato: SP.132.XX/11.

STUDIA POLITICÆ



Número 20 ~ otoño 2010

Publicada por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales,
de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.

sotros mismos formamos parte de esa realidad que intentamos conocer, y que siempre nos precede y nos configura; en otras palabras, nunca comenzamos desde cero. Y algunos dicen, no sin razón, que nos conocemos a nosotros mismos, conociendo la realidad de la que formamos parte; dando como un rodeo. Y que ese conocimiento no es un acto solitario, sino compartido. Y que en consecuencia, somos responsables solidarios de nuestro conocimiento del mundo y de nosotros mismos. Porque lo que podemos hacer (o dejar de hacer) con el mundo y con nosotros mismos, cuando lo conocemos y nos conocemos, es de una extraordinaria importancia.

La más simple acción de describir, por ejemplo, aun cuando supone percepciones organizadas lingüísticamente, donde asoman modos de ver y de oír, de palpar y de explorar teñidos de subjetividad (no necesariamente de subjetivismo) reclama objetividad; con ella, alcanzamos el mundo y lo ordenamos, de tal o cual manera. Esto hace que podamos comparar nuestras descripciones y hasta afirmar que una es mejor que otra. Cuando la describimos, *tocamos* la realidad.

Hay muchos tipos de explicaciones; las más usuales consisten en identificar las causas por las que se da la ocurrencia de un fenómeno, o en exhibir los motivos subyacentes a un comportamiento o a una acción, o en consignar el modo como suceden determinados procesos de la naturaleza o ciertas acciones individuales o colectivas. En cualquiera de los casos, las explicaciones presumen decirnos por qué la realidad se comporta de tal o cual modo, y de esa manera, la alcanzan, la penetran, la capturan, la engrillan y nos indican cómo conducirnos ante ella.

Porque más allá de lo difícil que sea realizar predicciones, y sobre todo, de que resulten exitosas, lo cierto es no podemos prescindir de ellas. La realidad es siempre esquiva y se nos escabulle, pero vivimos suponiendo que se comportará en el futuro tal como lo ha estado haciendo hasta el presente. Cuando intentamos explicarla y predecirla —comenta un filósofo de la ciencia— es como si la arrinconáramos diciéndole: “¡Tú eres como yo digo que tú eres! Pero ella, desafiante, nos contestara ¡Yo no soy como tú dices que yo soy! Y finalmente nosotros, gritando más fuerte que la realidad, terminaríamos vociferando: ¡Tú eres como yo digo que tú eres!”. Rematando estas apreciaciones, desde que aparecimos en el mundo y en oleadas sucesivas, hemos inventado técnicas y tecnologías que proyectan las capacidades de nuestro organismo y las potencialidades de nuestro cerebro, apuntando a diseñar, producir y dominar eso que llamamos realidad.

En mi opinión, negar, entonces, que nuestro conocimiento está orientado constitutivamente a la realidad, suena a necedad, y por cierto, no solo es el caso del conocimiento empírico, del conocimiento práctico o del conoci-

miento técnico. También la matemática y la lógica, ciencias a las que calificamos como formales, se aplican a la realidad; sin ellas, no podríamos vivir, ni pensar, ni hablar. Y nos guste o no nos guste, el conocimiento que se mueve en el registro de lo virtual, o el que nace de la ficción, configura mundos y modela conductas.

La dimensión aplicada del conocimiento excede al de su utilidad; hay conocimientos "inservibles", que no producen bienes ni servicios, sino sentido o belleza o justicia, alcanzando una proyección realizativa cualitativamente superior. Aunque conviene reiterar que en cualquiera de los casos, esta referencia ineludible a la realidad que poseen los distintos tipos de conocimiento, no los hace automáticamente válidos o legítimos. Para eso, necesitamos argumentarlos y justificarlos, en otras palabras, someterlos al control y a la crítica públicos en un espacio en donde sólo cuenten las mejores razones, neutralizando las presiones y coacciones que pudieran provenir de una acción desbocada e interesada. La universidad tiene que ser pensada como un ámbito adecuado para esta tarea.

Cuando buscamos comprender la realidad, conscientes de que no hay ojo inocente y de que nuestras apropiaciones están siempre cargadas y preformadas, podemos extremar gestos de honestidad, intentando captarla limpiamente. Desde un punto de vista metodológico, estos esfuerzos son correctos y convenientes. De todas maneras, lo que la realidad sea en sí, siempre se nos escapa, y sólo la alcanzaremos en lo que es para nosotros. Con la salvedad que este último es un auténtico conocimiento, objetivo o intersubjetivo, necesario para dar cuenta de nuestra condición de seres inteligentes; suficiente para nuestra situación indigente y menesterosa. El mejor argumento en contra del relativismo y el escepticismo radica en nuestra conducta: actuamos suponiendo una realidad compartida. En nuestras acciones, se alojan creencias básicas, modos de organizar esa trama de significados que es el mundo que sabemos -con algunas certezas, pocas pero fundamentales- que también los otros poseen, y que nos permiten interactuar.

No sólo las cosas o los hechos y procesos de la naturaleza son reales o forman parte de la realidad. Antes que nada, son reales los otros. De las cosas, de los hechos y procesos de la naturaleza, decimos que son; de los otros y de nosotros mismos, decimos que existimos. Cabe agregar que existir es una forma de ser, la más noble y digna; y la más real.

De los otros, pues, y de nosotros mismos, predicamos el conocimiento. Hay varias maneras de conocernos y conocer a los otros. Una es la ciencia, necesaria pero insuficiente. La ciencia en general y las ciencias humanas y sociales en particular, describen, explican, comprenden, y hasta predicen

nuestros comportamientos. También pueden intervenir en nuestras vidas, por medio de la tecnología. Para eso, necesitan conceptualizar, que es una forma de cosificar. Pero ni nosotros ni los otros nos experimentamos como cosas, o como simples organismos, enteramente objetivables y conceptualizables. Más bien, nos sabemos siendo alguien, personas que poseen una subjetividad incapturable conceptualmente. Es curioso: mientras a las cosas y a los organismos los conocemos en la medida en que nos imponemos a ellos y les decimos cómo son, a los otros los conocemos en la medida en que nos dejan conocerlos, que es la única manera en que otra subjetividad se nos entrega. A esa forma, desde siempre, la hemos llamado amor. Conocemos a los otros en la medida en que los amamos, o en otras palabras, en la medida que los reconocemos.

Las cosas son útiles y canjeables; por eso, tienen un precio en las transacciones del mercado. Los otros poseen dignidad, valen por sí mismos y nos exigen reconocimiento, esa forma de conocimiento fundada en los valores. La responsabilidad social resulta del reconocimiento incondicional que le debemos a los otros, especialmente a los que no tienen nada y solo valen por lo que son. De todas maneras, nuestra responsabilidad social alcanza también a las cosas y al mundo de la naturaleza, en cuanto conforman nuestro mundo; el deterioro o la destrucción del planeta, lo sabemos, lo tornarían inhabitable y amenazarían nuestro futuro.

Así, pues, somos responsables por el conocimiento que producimos y que alcanza a las cosas y a las personas, en su condición misma de cosas o personas. Pero en ambos casos, aunque están estrechamente vinculados, es una responsabilidad diferenciada, por lo efectos que se siguen. Si nos equivocamos en un cálculo matemático o en la formulación de una teoría científica orientados al conocimiento de las cosas, revisamos el procedimiento y corregimos los resultados; y siempre hay espacio y tiempo para dilatar, o mejorar o anular sus impactos en la realidad. Si nos equivocamos en el ámbito del conocimiento práctico, orientado a la interacción con los otros, producimos consecuencias que son decisivas. Yerrores en la práctica médica, en la política, en la económica, en la religiosa, en la jurídica o en la moral, alcanzan de lleno a los otros, no solo en lo que tienen, sino en lo que son, y resultan difíciles de revertir. Los aciertos, a su vez, pueden crear espacios de libertad, de justicia y de sentido.

De todas maneras, la perplejidad nos acosa sin pausa; cuando las tomamos, nuestras decisiones ya están enmarañadas en intereses, pasiones, sentimientos o pulsiones que nos presionan desde dentro y desde siempre, pero además, están también expuestas -en nuestros días, de una manera casi despiadada- a las coacciones externas de los sistemas, especialmente del mercado, o del poder institucionalizado. Así pues, paradójicamente, la

indecibilidad puede originarse no en la ausencia, sino en el bombardeo masivo de estímulos y de motivos para actuar. Con todo, nada nos libera de tomar decisiones; incluso cuando imaginamos no hacerlo, ya estamos decidiendo.

En realidad, la incertidumbre, terca e ineludible, proviene de otro frente: nunca sabremos, con certeza, si nuestras decisiones son acertadas. Pueden parecer serlo de manera inmediata, pero quedaremos en la duda respecto a sus efectos mediatos y no buscados. Una manera de paliar esta situación, sería la deliberación previa a nuestras decisiones; aun así, la convicción acerca de que estamos actuando como corresponde, sólo parece dársenos en las relaciones intersubjetivas. Allí, intuimos borrosamente en un comienzo y de forma más clara y sosegada después, ciertos indicios a favor del acierto en nuestras opciones. Éstos alumbran cuando reconocemos a los otros como distintos y por medio de nuestras decisiones hacemos lo posible para que tengan una existencia verdadera, más libre y con mayor sentido. La verdad, la libertad y el sentido, son valores; en cuanto tales, no se imponen sino que se proponen.

La verdad, que se dice de nuestras teorías y de nuestro lenguaje, se predica también de nuestras acciones y de nuestra existencia. En el último caso, es sinónimo de autenticidad o de coherencia, e indica la ausencia de contradicciones entre nuestras creencias fundamentales y nuestros comportamientos. Estas creencias primeras, inicialmente, nos son dadas como un capital simbólico que termina informando el patrimonio genético, también recibido. Pero tenemos que hacerlas nuestras, crítica y responsablemente; dicho de otra manera, debemos darnos un proyecto de vida, construir nuestra existencia. Esa construcción es un desafío formidable, difícil y hasta dramático. En efecto, tiene que articular orientaciones arraigadas en nuestra herencia y aquellas que nos proyectan hacia los otros o nos vienen desde los otros. Vernos sólo a nosotros mismos o volvernos hacia los otros, esa parece ser la cuestión. Una cuestión que no se resuelve en un momento, sino que dura toda la vida. Si lo primero, somos; si lo segundo, existimos, porque, finalmente, existimos sólo si somos desde los otros y para los otros.

El lenguaje con el que hablamos de nuestra libertad está atravesado de paradojas. Así, decimos que elegimos ser libres; que sin embargo, la experiencia de una libertad total es una ficción: allí están, sin necesidad de enumerarlas, las limitaciones y condicionamientos con los que nacemos, vivimos y morimos; que esa libertad, a pesar de todo, nos pertenece y nadie puede quitárnosla. Las paradojas continúan: somos libres porque nos damos reglas y normas y nos obligamos, libremente, a cumplirlas. Y en un gesto supremo de nuestra libertad, somos libres de amar a los demás, de

hacer el bien, de esperar el futuro y de creer en Dios, más allá de la ley, de las certezas y de las instituciones.

El conocimiento que creamos tiene, al menos, dos maneras de hacer un mundo más verdadero, más libre y con mayor sentido. Cuando la ciencia explica y predice los comportamientos de la realidad, nos emancipa. Sin embargo, lo sabemos, no desaparece la ambigüedad; junto con el conocimiento, viene también el poder y la posibilidad de hacer inhabitable al mundo. En buena medida, esa posibilidad depende de nosotros, de la segunda manera de hacer un mundo más verdadero, más libre y con mayor sentido. Depende del conocimiento imbricado en las decisiones que adoptamos.

Así pues, el conocimiento que produce la universidad está constitutivamente orientado a la realidad, sea a la naturaleza o a los otros; no es un stock de reservas disponible, que si a nosotros se nos antoja, direccionamos. Ya cuando afirmamos o negamos, argumentamos o analizamos, es decir, cuando conocemos, quedamos inevitablemente involucrados. Metodológicamente, el conocimiento científico puede ser formulado en un lenguaje enunciativo, *como si* fuera impersonal. En cambio, los verbos de acción que hablan del conocimiento práctico, demandan un sujeto, individual o colectivo: hay alguien que afirma o niega, argumenta o analiza. Lo que cabe, es hacernos cargo de lo que hacemos, producimos o pensamos; más allá de sutiles discusiones, no hay conocimiento sin sujeto.

Según lo veo, el aporte más genuino que puede hacer la universidad a la sociedad es el conocimiento que produce, y que dice lo que ella, la sociedad, es; o lo que quisiéramos que fuera, o lo que debería ser. La sociedad, a su vez, retroactúa sobre la universidad, y la configura. Es una relación compleja, que se da en contextos situados históricamente, y que necesita de constantes ajustes y reajustes. En la modernidad, época en la que todavía vivimos, apareció el fenómeno de la división del trabajo y de la especialización institucional, lo que hace, por ejemplo, que los partidos políticos se dediquen a hacer política, los sindicatos a la defensa de los derechos de sus afiliados, las fuerzas armadas a la protección de la soberanía territorial, las iglesias a la práctica religiosa, las empresas a la producción de bienes, y las universidades a la creación de conocimientos. Entretanto, hubo solapamientos, invasiones de campo, lucha de intereses y conflictos inerradicables. Con respeto a la universidad, el riesgo es el de su politización indiscriminada, de su conversión en una empresa, de su transformación en usina ideológica, o de su identificación con una secta, o una iglesia.

Hay que reafirmar, me parece, la autonomía relativa del conocimiento, garantía última de la autonomía de la misma universidad frente a todo poder.

Se trata de un problema digno de ser discutido; en mi opinión, el conocimiento producido en la universidad se relaciona con la realidad de un modo diferente a como lo hacen la práctica política, ideológica, económica o religiosa. Pero la autonomía, por el contrario, no niega o prohíbe la responsabilidad social de la universidad como institución y como comunidad; y el interés central por lo político, en cuanto atañe al bien de la comunidad.

Es que nuestras ideas nunca son inocentes.



COPYRIGHT INFORMATION



Author: Ortiz, Gustavo

Title: Nuestras ideas nunca son inocentes. Acerca de la responsabilidad social de la universidad

Source: Stud Polit 20 S 2010 p. 161-167

ISSN: 1669-7405

Publisher: Universidad Catolica de Cordoba

Rectorado-Campus-Camino a Alta Gracia km 7 1/2 (5017), Cordoba, Republica

The magazine publisher is the copyright holder of this article and it is reproduced with permission. Further reproduction of this article in violation of the copyright is prohibited. To contact the publisher: <http://www.ucc.edu.ar>

This article may be used for research, teaching and private study purposes. Any substantial or systematic reproduction, re-distribution, re-selling, loan or sub-licensing, systematic supply or distribution in any form to anyone is expressly forbidden. The publisher does not give any warranty express or implied or make any representation that the contents will be complete or accurate or up to date. The accuracy of any instructions, formulae and drug doses should be independently verified with primary sources. The publisher shall not be liable for any loss, actions, claims, proceedings, demand or costs or damages whatsoever or howsoever caused arising directly or indirectly in connection with or arising out of the use of this material.